

Grey Goblin

Carlos Torres

Si alguien preguntara por los más terribles enemigos del Imperio, por aquellos que llenan de pesadillas a los más impávidos y temerarios aventureros, nadie hablaría de los goblins. Dragones, nigromantes, hordas bárbaras, ejércitos de no muertos. Aquellos seres, habían saqueado y diezmado las filas de los hombres desde los primeros amaneceres. Las cruentas batallas habían anegado de sangre cada palmo de las tierras conocidas, interminables olas de oscuridad tratando de arrasar de una vez por todas la huella del hombre sobre la tierra.

Poner en la misma balanza a los goblins, diría poco de vuestro cronista. Cobardes, estúpidos, criados desde pequeños para la más abyecta servidumbre. Infancias pasadas en barracones atestados, lóbregas cuevas e inmundos pantanos. Poco podría decirse de su moral, de su civilización o de su filosofía.

Sus mayores logros como raza incluían: ser carne de cañón en las primeras escaramuzas, patrullar interminablemente por mazmorras húmedas y de escasa luminosidad, y aquello por lo que realmente eran apreciados: la capacidad de recibir las mayores torturas y vejaciones por parte de sus amos oscuros. Cualquier experimento antinatural, cualquier misión ridículamente suicida, cualquier hechizo potencialmente letal, todo ello era el día a día de un goblin cualquiera.

Pero el goblin gris, no era un goblin cualquiera. De acuerdo, sus contrahechas extremidades eran similares a las de cualquier otro. Sus orejas puntiagudas estaban tan cubiertas de cortes y heridas como las de cualquier goblin medio. Incluso sus amarillentos dientes tan adaptados para comer carroña como para ser saltados por un puño inesperado era tan común como podía serlo.

¿Por qué se preguntará el sagaz lector era este goblin gris tan especial? ¿Qué lo hacía destacar en las mugrientas huestes de Dargul, Señor del Mal de Yarek?

Quizás era un pequeño destello de inteligencia que se percibía en su mirada demente. Un atisbo de silente tenacidad inconcebible en cualquiera de sus iguales. Pero no nos engañemos, ni por crianza ni por disposición, aquel goblin era especial. Sólo su fulgurante carrera era un hecho incontestable. Su capacidad de ascender (y sobrevivir) era tema de conversación entre las tribus. Su osadía parecía no conocer límites, codeándose y departiendo amigablemente con los más destacados sirvientes del Señor Oscuro.

En el Castillo Gris las mañanas eran frías. Las piedras que lo componían, se alineaban monótonamente una sobre otra, como si alguna mano gigante hubiera estado jugando de manera distraída y hubiera colocado cada sillar sin pensar. Esta manera de edificar quizás fuera la obra de un mago, de un gigante o quizás de un titán. Pero fuera cual fuera su propósito original, su arquitecto o su remota fecha de edificación no importaba.

El Castillo Gris era el hogar de nuestro goblin sin par. De ahí tomaba su nombre, cosa rara entre los goblins, para que un lugar era básicamente igual a cualquier otro. Un sitio donde comer a escondidas cualquier cosa que pudiera llevarse a la boca. Fornicar de manera compulsiva y rascarse metódicamente el trasero de manera constante, hasta que un nuevo frenesí homicida los envolvía.

Esta era la manera en la que la naturaleza goblin, se encargaba de evitar la superpoblación, fijaba las jerarquías, siempre cambiantes, de cada clan y proporcionaba abundante comida para los fríos inviernos. En estos momentos era cuando más se apreciaba la singularidad de nuestro goblin gris. Su capacidad para la delación, hacía que aquellos goblins que suponían un riesgo para su integridad fueran enviados a servir de comida a las bestias inmundas días antes que el frenesí estallara.

Gracias a sus bien cultivadas alianzas, el goblin gris se procuraba ventajas inimaginables. Fornidos trolls guardaespaldas, amuletos, armas encantadas, todo a su alcance. Cuando el frenesí pasaba y los restos eran dispuestos, el goblin gris se permitía sonreír. No una carcajada de alegría, ni una desafiante mueca de superioridad. Sólo una risa carente de humor, como si su mente se negara a creer que sólo él era el artífice de aquella carnicería.

Un día en el Castillo Gris era bastante similar a cualquier otro. Olvidable, anodino y ciertamente mortífero. A la hora señalada, las inmensas puertas de entrada se abrían con desgana. Como si el mismo castillo bostezara por bienvenida. Entrando con paso cansino y los ojos vidriosos la guarnición de goblins iban entrando en tropel. Sin premura, como si una sensación atávica les hiciera evitar aquel sitio, los goblins ascendían las empinadas escaleras hasta la sala principal.

Este recinto sin adornos, amplio, cubierto aquí y allá de lo que quizás un alma demasiado benigna calificaría de mobiliario, era el sancta sanctorum del goblin gris. Si un humilde escribiente no hubiera estado en el Castillo Gris por negocios, no me atrevería a relatar aquellas demenciales prácticas que constituían el día a día de aquellos despreciables seres.

El goblin gris se deslizaba de manera subrepticia hasta un estrado de aspecto conspicuo. Allí de manera arbitraria, elegía a unos u otros goblins para realizar el mantenimiento del Castillo Gris. Con mirada de apremio, de fingida desesperación y de velada amenaza, el goblin gris les relataba algún percance que había ocurrido la noche anterior. Algo tan horrible e innombrable que según aseguraba, les granjearía la ira del Señor Oscuro si este llegaba a enterarse.

Con estas malas nuevas, el terror atávico se instalaba en los corazones de los goblins más jóvenes e impresionables, que empezaban a correr sin propósito alguno, entre los laberínticos corredores del Castillo Gris. Los más avezados (y afortunados) de los veteranos empezaban a arrascarse de manera ritual sus enjutos traseros. Decidiendo si ir primero a devorar los restos de los goblins más jóvenes o esconderse un tiempo prudencial hasta la hora del rancho propiamente dicho.

La eficiencia y la proactividad eran las divisas del goblin gris. Si en su mente había algún propósito era el de encontrar ocupación para todo el mundo. De manera firme pero sutil, todos los goblins de aquella maldita fortaleza opinaban que el goblin gris era el interlocutor directo con el Señor Oscuro. Quizás sólo fueran rumores, quizás y de manera metódica el goblin gris los esparcía a todo aquel que quisiera escucharlo.

El goblin gris mandaba luego a los goblins supervivientes a un área del castillo a realizar alguna tarea sin sentido. Todas y cada una de aquellas tareas incluían peligros imprevistos, bajas frecuentes y actividades monótonas. La tasa de mortandad gracias a la excelente gestión del goblin gris, era superior incluso a las registradas en primera línea de batalla. Y todo esto, antes incluso de que el desayuno hubiera concluido.

El amable lector notará que la piedad, la solidaridad e incluso el mero instinto de supervivencia son cosas ajenas a la mentalidad goblin. Que el trabajo en equipo es similar al que tendrían una piara de cerdos ante apetitosas berzas. Pero con todo...la mentalidad, la filosofía del goblin gris, iba cristalizando poco a poco en la oscura mente de los goblins más dedicados.

Lo que no pudo la codicia, el sentido común o el afán de supervivencia, fue el logro único de nuestro protagonista. De alguna manera, los goblins empezaron a pensar. Al principio todo fueron alucinaciones, espasmos, convulsiones y charlas con seres inexistentes. Tras las habituales mutilaciones, ejecuciones y canibalismo homicida que toda reunión superior a cinco minutos conlleva en las interacciones goblins los alumnos aventajados trazaron un plan.

Y como el sagaz lector habrá sospechado, así llegué yo al Castillo Gris. Tras una breve reunión, palabra que aquella nueva generación de exitosos goblins repetían como niños pequeños, la suerte del goblin gris estaba echada. En los lóbregos corredores, en las laberínticas estancias la actividad no decrecía. Mientras mis pasos silenciosos me guiaban a la estancia del goblin gris, todos sus subordinados parecían indiferentes.

Con una expresión entre aburrida y aliviada, el goblin recibió mi espada en su garganta. Sin queja, como si todo estuviera en su agenda. Su mirada acusadora parecía reprocharme quizás mi retraso. Su vida lo abandonó, rápidamente. Mis empleadores arrojaron la bolsa de oro prometida a mis pies. Cuando vuestro humilde servidor se agachó a recogerla, de una garganta abierta en canal, de una boca inundada de sangre, de la manera más inesperada el goblin gris gritó por última vez: “Reunión, reunión.”